

EXISTENCIA DE DIOS

(Conclusión)

El cielo nos prueba la existencia de Dios. La infinita variedad de astros que contiene, sus movimientos celerísimos, su grandeza, su fulgor increíble, pues prescindiendo del sol, cuya distancia de la tierra es de 29.720,000 leguas, hay estrellas que distan doscientas mil veces más que aquel; es más admirable todavía, aquella sucesión de días y noches, pues en los siglos que lleva el mundo de existencia no ha sido interrumpida nunca. Todos estos efectos exigen necesariamente una causa prima, omnipotente. Los variados fenómenos que admiramos en esas noches en que los astros derraman sus torrentes de luz sobre los valles; las campiñas, los collados y nevados, roban nuestra atención totalmente y queda uno como abstraído en medio del silencio general del universo; entonces nuestra mente exaltada por espectáculo tan bello se ve precisada a elevarse en seguimiento de la causa prima y exclama: Oh! necesario es que exista un sér que disponga, rija y gobierne seres tan variados y tan bellos! A este respecto dice un físico: «Esas lumbreras brillantes con que está alumbrada la bóveda del cielo, encienden en el alma el fuego del celo y de la religión. Si, ese templo anuncia al Dios que en él se oculta: Ah! con qué elocuencia se lo demuestra la noche a mi corazón!»..... La vista de aquellas regiones sublimes y profundas, que sin las estrellas tendrían no sé qué de triste y melancólico, y una especie de analogía con la funestísima idea de la nada, viene a ser por la resplandeciente y activa luz de tantas y tan brillantes antorchas un espectáculo lleno de majestad, de poder y de gloria.

El Eclesiástico en el capítulo 43, nos describe hermosamente las bellezas exteriores del cielo, y como todo eso se relaciona con lo que intento probar, creo

deber tomar unos versículos. Dice así el sagrado texto: «Hermosura del altísimo cielo es el firmamento; la belleza del cielo es una muestra en que se ve la gloria del Creador. El sol, al salir, anuncia con su presencia la luz, admirable instrumento, obra del Excelso... Un ejército de estrellas hay en las alturas, el cual brilla gloriosamente en el firmamento del cielo. El resplandor de las estrellas es la hermosura del cielo: el Señor es el que allá desde lo alto ilumina el mundo... Contempla el arco iris, y bendice al que lo hizo: es muy hermoso su resplandor: ciñe al cielo con el cerco glorioso de sus vivos colores...» Luego toda esta serie de fenómenos exige necesariamente una causa omnipotente y esa causa no puede ser otra que Dios. Mil otras citas pudiera aducir en favor de mi tesis, pero me haría demasiado largo; empero no puedo pasar por alto unas palabras muy apropiadas al fin que me propongo. Estas son de San Juan Crisóstomo, de Maupertuis y de un filósofo. San Crisóstomo dice: «Si el pensamiento de Dios y de la inmortalidad del alma aviva toda la naturaleza, sin él todo quedaría en silencio, y en una desoladora perspectiva de muerte y de nada; sobre todo, en la región sublime de las estrellas es donde explica principalmente su vivífico poder; El es, hermosas y plácidas antorchas, el que aviva y ennoblece vuestra luz: por El disipáis el horror de una noche oscura, y adornáis el cielo enamorando la tierra: mientras atraéis mis miradas con el resplandor y fuerza de vuestros rayos, la vivacidad de mi fe, las dulzuras de mi esperanza, excitan en mi corazón un sentimiento delicioso... Miserable filosofía! donde tú no ves sino centellas esparcidas casualmente en el espacio, yo veo y oigo, para usar de la expresión de un Santo Padre, 'los predicadores más elocuentes y constantes de la Divinidad.' *Praedicatione perpetua sui loquuntur maiestatem: Auctoris.*»

Maupertuis se expresa así: «Noches he visto más hermosas que los días mismos, que hacían olvidar el suave rosicler de la aurora en la mañana, y el brillante resplandor del cielo al medio día.»

Un filósofo dijo: «Si mañana grabase el dedo de Dios con caracteres de fuego en una nube estas palabras: mortales, adorad a Dios, ¿quién duda que prostrados todos los hombres de rodillas, no le tributasen sus respetos y adoraciones? Y qué, ¿tendremos necesidad de que Dios nos lo diga en español, en francés, en árabe o en chino para realizarlo? qué son esas estrellas sembradas en el espacio, sino unos caracteres visibles e inteligibles a todos, que anuncian en el silencio de la noche el poderío de la mano que los formó?» El cielo, pues, observado en sus bellezas exteriores nos proclama la existencia de Dios.

La tierra nos prueba la existencia de Dios. La posición que ocupa no puede ser mejor con relación al sol; está siempre a una distancia proporcionada a las influencias que debe recibir, presentando a la acción benéfica de sus rayos las diferentes fases, sacando de ese continuo girar el cambio de las estaciones y una temperatura de todo punto necesaria para su fecundidad. Habría podido cambiar dicha posición y entonces la influencia de los rayos solares sería demasiada y traería como efecto, la sequedad de la misma, su esterilidad y además no podríamos contemplar el astro rey por cuanto que sus rayos impresionando demasiado los órganos de la visión producirían el efecto contrario, es decir, la oscuridad. La luna sigue los cursos más ventajosos a la tierra y la influencia de sus rayos es importantísima. No menos conveniente es la proporción que conserva la tierra respecto a la superficie del mar. Es admirable, y muy necesaria para que la evaporación del agua en forma de vapores tenues, que se elevan de la superficie de las aguas, distribu-

yéndose en la atmósfera en donde se compactan y forman enormes masas de color blanco, que parecen montañas ambulantes, y que llegando a un lugar de la atmósfera en el que su punto de saturación se excede, se disuelven y caen sobre la tierra en forma de gotas produciendo la lluvia en tal cantidad, que es suficiente para producir arroyos, fuentes y ríos que la tierra necesita para fertilizar sus campos sin exponerlos a inundaciones destructoras o sequías funestas a los vivientes.

El Padre Feller dice, hablando de la belleza admirable de la tierra y de su posición con relación al mar, que no puede ser más proporcionada; y por último, al tratar de las cosas que adornan la tierra, se detiene describiendo y probando cómo todo en la creación, aun las cosas más insignificantes a primera vista, han sido hechas con número, peso y medida. Disertando sobre el color de los árboles, cosa que parece insignificante, se explana y demuestra por qué Dios los vistió de él y no de otro. «Entre todos los colores, dice, el verde es el de los árboles y de casi todas las plantas: supóngase por un momento que fuesen encarnadas, amarillas, blancas, etc., y al punto se notaría que estos colores no les convienen, antes bien, que alterarían la belleza de la tierra, quitarían a la naturaleza vegetal su hermosura, las flores perderían su gracia, etc. Sólo el color verde parece oportuno para expresar la reviviscencia de la naturaleza, formar un agradable contraste entre los frutos y las flores, alegrar los ojos del hombre, y evitar el tedio, que no podría menos de causar la monótona uniformidad de un mismo color extendido en todo, como lo notamos cuando la tierra está por algunos días cubierta de nieve. El color verde está formalmente expreso en el precepto impuesto a la tierra de producir vegetales: Ger-

minet terra herbam virentem. Este color es tan propio de las plantas, que no pertenece a otra clase de cuerpos que sea tan extensa. Los otros colores pertenecen a mil objetos diversos. Cosa semejante se puede decir del azulado de los cielos. Dios hubiera podido, si hubiese querido, ennegrecer esta bóveda celeste, pero este color lúgubre habría entristecido toda la naturaleza; el rojo y el blanco no le convienen más, porque su resplandor hubiera deslumbrado nuestra vista; el amarillo y purpúreo está reservado para la aurora; además, una bóveda toda de este color no hubiera dejado sobresalir a los astros que deben verse girar en su espacio: el verde con su simpatía y suavidad para nuestros ojos, es cierto que le habría dado todo el realce conveniente; pero este amable color es con el que Dios ha adornado nuestra morada y la alfombra que ha tendido bajo nuestros pies. El azul vivo y apacible tiene cuanto se necesita para hacer resaltar con gracia el color de los astros, y que todos ellos comparezcan bien.» Luego esta disposición tan apropiada de los colores necesariamente exige una causa o agente sapientísimo que haya hecho tal distribución: pero es así que la propiedad de la sabiduría en sumo grado no puede atribuirse sino a un sér subsistente por sí mismo, existente antes de todas las cosas y de donde dimane toda sabiduría como de su centro, de la misma manera que dimanan los arroyos de su origen y se bifurcan en todos sentidos; y el único sér a quien pueden atribuirse con verdad y único a quien convienen exactamente es a Dios. Luego la observación de la tierra nos prueba la existencia de Dios.

La variedad que existe en la naturaleza nos prueba y al mismo tiempo exige la existencia de Dios. En efecto: ¿qué cosa más admirable que las diferentes especies de animales? Grandes unos, pequeños otros; feroces éstos, mansos aquéllos; de hermosa piel unos,

de rica lana otros. En las aves: qué plumaje tan bello en unas, qué dulzura y armoniosos gorjeos en otras; graznidos lúgubres en éstas, melodiosas canciones en aquéllas. En el terreno: pintorescas sabanas aquí, lomas y montañas allá; sinuosidades aquí, ciénegas y lagunas más adelante; páramos vastísimos, cordilleras majestuosas, volcanes elevados, riscos inaccesibles. En las plantas: qué amenidad de frutos en unas, qué belleza de flores en otras; elevadas unas, inclinadas y caídas otras; rectas y gentiles éstas, enredaderas que semejan cortinas aquéllas. En fin: qué ríos, arroyos, fuentes, riachuelos cuya agua brillante y cristalina a la influencia de los rayos abrasadores del sol del medio día al correr caprichosamente en las sabanas, parecen serpientes de plata, y que después precipitándose por riscos y peñascos forman hermosas cascadas cuya caída turba en la noche el profundo silencio que por todas partes reina. Este *desconcierto ordenado* exige una causa o agente que lo haya establecido; este agente no puede ser la materia por las razones antes expuestas; luego, ¿a quién debe atribuirse? Debe atribuirse a aquel agente que les haya dado el ser, puesto que él sólo puede ejercer plena potestad sobre ellos, y por las razones expuestas también anteriormente no puede atribuirse sino a un sér subsistente por sí mismo, infinitamente sabio y poderoso. Este agente no puede ser otro que Dios, por ser el único a quien convienen dichos atributos. Luego la variedad admirable que existe en la naturaleza nos prueba la existencia de Dios.

El mar prueba la existencia de Dios. En efecto: a su vista, cuántas reflexiones ocurren a nuestra mente, en las que necesariamente vemos la mano de un sér omnipotente! Las varias propiedades del mar, nos traen a la memoria los varios atributos del Creador. Su inmensidad, nos recuerda la de Dios; su profundidad,

los arcanos eternos que nuestra mente en vano pretenderá penetrar; la innumerable variedad de peces que forma todo un mundo de seres maravillosamente ordenado para vivir en medio de las aguas, nos demuestra la omnipotencia del Sér que los formó; los infinitos e inapreciables tesoros que contiene en su seno, los tesoros infinitos de la gracia; la reunión de las aguas en un lugar como en su centro, formando un piélago inmenso de color blanco-azul que va a perderse en lontananza, nos recuerda nuestro último fin, que es Dios, pues así como los ríos después de haber regado y fecundizado la tierra van al mar como a su común receptáculo, de la misma manera nosotros, después de haber estado peregrinando en este valle de miserias y habernos santificado por el ejercicio de las virtudes, vamos al cielo a gozar de la felicidad eterna, que no es otra cosa que obtener nuestro último fin, el que consiste en la vista y posesión de Dios. ¿Qué cosa más admirable además, que los diferentes estados del mar? Tempestuoso y furioso unas veces, sereno y apacible otras; ora se levanta formando grandes promontorios, ora dulcemente corre en oléaje; ya aterra con sus gritos y rugidos las riberas; ya es poseído del triste y melancólico silencio del desierto! *Omnia plena sunt Dei.*

La posición del mar respecto a las influencias que debe recibir de la luna, es la más apropiada porque, según dicen los astrónomos, se halla precisamente en un punto tal, en el que su presión sobre la superficie de las aguas mantiene aquel movimiento constante de flujo y reflujo, reconocido tan necesario para evitar su corrupción. Otra de las cosas que más nos prueba la existencia de Dios, es que aunque reciba gran cantidad de agua nunca traspasa los límites que le han sido asignados. Es además el mar el lazo de unión entre las naciones y el auxiliar principal del comercio. Para finalizar esta prueba cito a Cicerón, quien en su libro *De*

natura Deorum, como lo trae el Padre Liberatore en sus *Instituciones de filosofía*, después de hablar de las bellezas del cielo y de la tierra, dice del mar lo siguiente: «Pero, ¡cuánta es la belleza del mar! ¡Cuántas especies tan variadas! ¡Qué multitud y variedad de islas! ¡Qué amenidad de costas y riberas! ¡Cuántos variados géneros de animales, de los cuales, parte viven en las profundidades, parte flotan y nadan, parte desde su nacimiento están adheridos a las rocas! Así, pues, el mismo mar se complace en batir con sus aguas las orillas, de tal modo que la tierra, así, parece compuesta de dos naturalezas!» Todos estos fenómenos y maravillas necesariamente tienen una causa prima de donde dimana esa serie de belleza, como se desprende necesariamente la conclusión de las premisas en un silogismo. Esta causa prima no puede ser cualquiera sino, infinitamente sabia, omnipotente y divina. Bien: no puede ser el hombre, porque es de conocimientos limitados y nulos con respecto al Creador; porque su poder igualmente es ninguno o por lo menos limitado; ni tampoco la materia, porque si el hombre, ente superior a ella, no lo es, menos a *fortiori* la materia, por razones obvias. Luego dichas maravillas y fenómenos no pueden tener por autor o causa prima sino a aquel sér que reúna en sí dichos atributos; este sér no puede ser otro que Dios, pues es el único a quien convienen absolutamente como nos lo enseña la filosofía. Luego el mar nos prueba la existencia de Dios.

VIII—La existencia de Dios se prueba por el sentimiento universal de los pueblos. Después de haber recorrido el libro sublime de la naturaleza y haber reconocido en cada página el nombre de su autor, abramos también el libro de la humanidad para recorrer el testimonio de los siglos, interrogar los pueblos y sus tradiciones y nos convenceremos que la creencia en la existencia de un Sér Supremo ha sido siempre el pri-

mer artículo del símbolo de todas las naciones. La existencia de un Sér, soberano Señor y dueño de todo cuanto existe, es la fe del género humano. Todos los pueblos antiguos y modernos, civilizados y bárbaros, están de acuerdo en este punto. Las revueltas políticas han podido turbar el suelo, cambiar sus instituciones, abolir sus leyes, pero la idea de Dios en medio de tales conflictos ha permanecido en pie, inmóvil e indestructible, firme; ha triunfado del tiempo y de los siglos, de la corrupción y de los sofismas, del furor y de la violencia, ha, en una palabra, quedado victoriosa, ha sobrevivido a todo! La creencia en la existencia de Dios es tan antigua como el mundo, porque todos los escritores de todos los tiempos y países, como más adelante demostraré, lo han atestiguado. Moisés primero, en el *Pentatéuco*; Homero, en la *Iliada*; Hesíodo, en su *Teogonía*; Herodoto, en su *Historia de las guerras médicas*; Tito Livio, Tácito, Jenofonte, Rousseau, Bossuet, Fenelón, Chateaubriand y muchos otros. La creencia, pues, en la existencia de Dios, ha sido la primera de todas las creencias. Rothenflue, dice al respecto: «Tanto en el nuevo mundo, como en el antiguo, no hay nadie que no consienta en admitir un Supremo Numen, como lo testifican los historiadores enemigos de nuestra religión. Pudiera suceder que algunos por no estar versados suficientemente en las lenguas de algunos pueblos, hubiesen juzgado descubrir en ellos alguna especie de ateísmo, pero viajeros posteriores, más instruidos, viajando por los mismos lugares encontraron indicios claros de la religión.»

Después del pueblo judío que en su calidad de pueblo escogido de Dios, ha sido el más fiel guardián de sus tradiciones primitivas, todos los pueblos del Asia, primogénitos del género humano y por esta razón de mucha autoridad; todos los pueblos de la Persia, la China y la India guardan en su recuerdo y en sus

libros la doctrina fundamental de un Sér Supremo. También Colombia nos testifica esta creencia: basta leer la historia para convencernos. Hay en Tunja, en la falda del alto de *San Lázaro*, dos cojines de piedra, de un metro poco más o menos de diámetro, en los que según la tradición se postraban los indígenas a adorar al sol, al que tenían como un dios. El famoso templo de Sogamoso, cuya existencia está probada por la historia, nos demuestra también que tenían una idea muy elevada de la existencia de Dios, atendida la suntuosidad y grandeza del edificio; en Ramiriquí existía otro templo de no menor consideración que el anterior. También hace especial mención la historia de los templos siguientes: el de Guachetá; el del sol en esta ciudad de Bogotá; el de la luna en Chía; el de varios ídolos en Guatavita y el de la laguna de Fúquene. Luego la creencia general de los pueblos de Colombia nos demuestra la existencia de Dios.

Dije anteriormente que los pueblos de la Persia, la China y la India guardaban en su recuerdo y en sus libros la doctrina fundamental de un Sér Supremo. En efecto: Zoroastro, el gran príncipe de la Persia, ordenó formalmente el culto de un solo Dios, creador y eterno. Lao-Tseu, filósofo chino, se expresa de esta manera: «El Sér de seres, no tiene cuerpo; y El ha hecho y conserva el cielo y la tierra; El es quien hace nacer y quien alimenta todas las cosas.» En un libro de teología de la India, se lee lo siguiente: «EL SÉR SUPREMO de los seres, es el solo Dios eterno, inmenso, presente en todas partes, que no ha tenido principio ni tendrá fin.» Los egipcios, según Plutarco, dicen que «el primero de los Dioses ha existido solo, antes de todos los seres; él es la fuente de todas las inteligencias; el primer principio y padre de toda esencia.»

Como afirmación de lo expuesto, inserto a continuación la oración de los Bracmanes, sacerdotes india-

nos, y la de los indígenas de Madagascar. Los primeros tienen como fórmula de oración la siguiente: «Yo adoro al Sér, que no está sujeto a mudanza; ni a turbación: al Sér, cuya naturaleza es invisible: al Sér, cuya espiritualidad no admite composición alguna de cualidad: al Sér, que es el principio, origen y causa de todos los seres, y los excede a todos en excelencia: al Sér, que es el sostén y conservador del universo, y el manantial y fuente de las tres potencias.» Los indígenas de Madagascar, según Flacourt, tienen ésta: «Oh! Eterno! Tened piedad de mí, porque soy pasajero transeúnte! Oh! infinito! Compadeceos de mí porque no soy más que un punto! Oh! fuerte! porque soy débil: Oh! fuente de vida! porque estoy próximo a la muerte: Oh! inteligente! porque estoy en el error: Oh! benéfico! porque soy pobre: Oh! omnipotente! porque nada puedo!» Luego existe Dios como lo prueba el consentimiento general de los pueblos, que están unánimes en tal creencia.

IX—Por último. El testimonio de los filósofos, poetas y escritores, nos prueba la existencia de Dios. Citaré solamente los que me han parecido más importantes y cuyas palabras son más terminantes en relación a la primera de las creencias. Píndaro, se expresa así: «Nada en este mundo, se oculta a los ojos de Dios. Su providencia se extiende a todo, y sobre todo; El es el que nos ilumina, es omnipotente, en una palabra: nada hay que no haya sido hecho por El.» Horacio, en su oda XII a Augusto, dice:

«Qui mare et terras, variisque mundum
Temperat horis?
Unde nihil maius generatur ipso,
Nec viget quidquam simile aut secundum.»

«Quien mar y tierra rige,
Y en horas varias atempera el mundo:
Y ningún sér erige,
Mayor que él, ni su igual, ni su segundo.»

Saadi, poeta persa, citado por el Padre Feller, se expresa así:

«En su profunda mente
Aún lo que no ha existido,
Divisá claramente;
Y oye también lo que jamás se ha oído.
Con el buril de su saber eterno
Los rasgos delineó de nuestra vida,
Aún estando en el útero materno.
Lleva con igual paso
Al sol desde el oriente hasta el ocaso:
Y de los montes el profundo seno
De rubies por él se mira lleno.
Dos gotas de agua iguales
Toma su eterna mano:
Forma de la una seres racionales,
Y de la otra la perla en el océano!
Habla, y súbitamente el universo
En el abismo de la nada envuelve;
Habla otra vez, y con efecto inverso,
Desde la nada a la existencia vuelve!»

Los filósofos antiguos están unánimes en admitir la creencia en la existencia de Dios. Cicerón, como dice Bouëdrón, se expresa así: «El argumento más firme por el cual creemos que hay dioses, es que ninguna nación es tan salvaje, ni existe hombre tan bárbaro en cuya mente no haya sido imbuída la opinión de los dioses. Muchos juzgan cosas pravas de los dioses; esto suele suceder por costumbre viciosa; sin embargo todos juzgan que son de un poder y naturaleza divinos.» Platón, dijo: «El universo una vez existente, necesariamente tiene una causa; esta causa, es Dios, creador y padre de toda cosa, bueno, eterno, soberanamente inteligente.» En su tratado de las leyes, dice: «Nada más fácil de probar que la existencia de los dioses.»

Esta verdad está demostrada por el testimonio de los griegos y de los bárbaros, quienes están de acuerdo en confesar que hay dioses.» Séneca: «Mucho solemos deferir a la preocupación de todos los hombres; y es argumento de verdad, entre nosotros, lo que por todos es admitido: colegimos entre otras cosas por ejemplo, que hay dioses, porque en todos existe la opinión de los dioses; ni nación alguna, jamás marchó tan fuera de sus costumbres y de sus leyes, que no creyese que existían algunos dioses.» Finalmente Sofocles, según Eusebio, dice: «No hay sino un Dios que ha hecho el cielo y la tierra y sujetado el mar y los vientos impetuosos.» Luego el testimonio de los filósofos nos prueba la existencia de Dios.

Para terminar. El dicho de los escritores nos afirma la creencia en la existencia del Sér de los seres. Por estar ya demasiado larga esta exposición, me abstengo de citar las palabras de escritores de poca nombradía. Acosta, sabio orientalista, dice que «era una creencia común a todos los salvajes de la América, que había un Dios, dueño absoluto de todas las cosas y soberanamente bueno.» «La existencia de Dios y de la inmortalidad del alma—escribió a su vez otro sabio, Carli,—son las primeras bases de la religión de estos pueblos de América, que son llamados bárbaros y salvajes.» Rousseau dice, que está demostrado como imposible, que un salvaje, lejos de todo comercio humano, pueda elevar sus reflexiones hasta el conocimiento de Dios. Una aserción sin pruebas, como dice un filósofo, se niega con la misma facilidad con que se profiere. Es cierto que los salvajes no son grandes razonadores, ni se cuidan mucho de las causas eficientes, ni de las finales; pero esto no basta para afirmar que una larga serie de años, el grande y admirable espectáculo del cielo y de la tierra no haya llevado el pensamiento jamás a reflexionar quién le ha hecho, o a su

Creador. El mismo Rousseau se contradice implícitamente diciendo: «¿En dónde, me preguntáis, dice, veo existir ese Sér tan poderoso, Dios? ¿En dónde le veo? No sólo en los cielos, que giran sobre nuestras cabezas y en el astro que nos ilumina; no solamente en mí mismo, sino también en el ganado que padece, en el pajarillo que vuela, en la piedra que cae, en las hojas que arrebatan el viento. . . . No tengo necesidad que se me enseñe su culto; la misma naturaleza me lo dicta.» De esto se colige que la idea de Dios y la creencia en su existencia es tan clara, evidente, que se necesita ser ciego voluntario y no querer, pudiendo hacerlo, abrir los ojos y ver lo que toda la naturaleza le demuestra. Por tanto: de los tres últimos argumentos expuestos, sacamos como conclusión, que la creencia en la existencia de Dios es tan antigua como el mundo. A este consentimiento de los hombres de diferentes épocas, de diversa ilustración y de distintos países, muy bien puedo aplicar, para afirmar más dichos argumentos, este principio filosófico: *Quod semper, quod ubique, quod ab omnibus dictum et creditum est, certum est.* Luego existe Dios.

Así pues: en todo el antiguo y el nuevo mundo; desde el septentrión hasta el mediodía; desde la aparición de la aurora hasta la puesta del día, Dios no ha permitido que su nombre se borre de la memoria de ningún pueblo. Existieron y existen pueblos que no lo han adorado como su conciencia se lo dictaba, pero sí lo han reconocido siempre.

¿De dónde ha podido venir esta sorprendente y perpetua unanimidad, este concierto de los pueblos, de todas las sociedades, de todos los individuos? Manifiestamente una creencia tan antigua, tan universal, tan indestructible, tan arraigada en el corazón de todos los hombres, no ha podido venir de los prejuicios y de la mentira, porque jamás ni los prejuicios ni la mentira

han producido nada tan fijo, tan estable, tan universal! No puede ser el resultado de la habilidad o de la política de los gobernantes; porque jamás ningún soberano, aun el más astuto, o el legislador más hábil, aun cuando hubiesen querido, no habrían podido jamás llegar a hacer creer tal existencia a todas las naciones antiguas y modernas, civilizadas y bárbaras, las más opuestas entre sí en costumbres, lenguaje, leyes y usos; las más desconocidas unas de otras, las más separadas por bosques impenetrables, por montañas infranqueables y por mares inmensos! Esta creencia no puede ser el producto de la superstición y de la ignorancia; porque en este caso, aquella fe no ha sido sino el patrimonio de los simples y de los ignorantes; por el contrario como antes expuse, los sabios más ilustres, los genios más grandes y profundos de todos los tiempos y lugares, han sido los primeros en escribir en favor de este dogma.

¡EXISTE PUES DIOS! Este es el primero, el más grande oráculo de la fe; es la creencia del género humano; el grito de la naturaleza; la voz de la tierra; la voz del cielo! ¡Levantemos, pues, nuestro espíritu y nuestro corazón! Dirijamos nuestra vista al cielo donde está nuestro Creador, nuestro dueño y nuestro Padre! Que jamás nuestra boca deje de alabar sus bondades y beneficios; y nunca cese de proclamar su santo nombre y de testificar su existencia! Unamos nuestra voz a la voz de la naturaleza y del género humano, y entonemos un himno de amor y reconocimiento a Aquel que nos formó y creó todo cuanto existe para nuestro servicio!

MANUEL A. MEJIA ROSAS
Convictor.

Bogotá, diciembre de 1915.